

La necesidad me obligó a tomar mucha leche después y la misma cuestión me hizo dejarla hace más de cuarenta años y volver a los almuerzos de mi padre con el cual vivo más hermanado que nunca, aunque sin pollos, sin huevos ni ninguna de las cosas tan ricas que él me escogía en la plaza y que eran excelente entretenimiento mientras llegaban los succulentos pollos tomateros de las eras, criados con los hormigueros, para que las hormigas no se llevaran los granos como solían, todo ello riquísimo y de una naturalidad bien manifiesta, sin químicas insecticidas que todo lo envenenan. Después se comían los gañanes los pollos y todo quedaba equilibrado y perfecto, sin riesgo de mal alguno y los granos en la cámara para hacer pan y volver a sembrar y a poner huevos para volver a criar.

Nada de esto excluye los mojetes de asadura y las chuletas fritas con ajos verdes ni algún arroz con poco pescado, porque aquí somos de secano y preferimos las habas tiernas a los higos chumbos y los melones de la tierra, como las zanahorias de Villafranca. Y a cualquier hora viene bien un pisto con tropezones de carne de cordero tierno.

¡Oh! mi padre, cuánto bendigo su memoria, qué capacidad tuvo y qué valor en muchos momentos de su vida. Qué difícil es ser padre y cuánto hace de sufrir.

Al volver a los pepinos y a los tomates de mi padre, hallé que no eran tan malos como proclamaba su amigo don Magdaleno y otros colegas en una especie de confabulación intuitiva contra las hortalizas, manifiesta en aquellas peloterías que armaban con las mujeres cuando se enteraban por las vecinas que le habían dado tomate al enfermo y las increpaban diciendo:

—¿Pero tú sabes lo que has hecho, si eso es un veneno para la criatura, basura, la muerte?

Cuánto hubieran reído, ellas y las vecinas, en estas épocas posteriores, de apogeo del tomate y las vitaminas.

Don Magdaleno, preocupado con exceso de sí mismo, pero sobre todo de su vientre, que el tiempo acreditó no era para tanto, no se permitía más exceso que comerse una merluza escogida por él mismo en el puesto de su primo Patricio Cortés, el día del reconocimiento de quintos, como regalo que se hacía a sí mismo ese día, tal vez dándole una tajada a su hermana y otra al cochero para que se la arreglaran a su modo porque él solo le ponía la hoja de laurel y unas gotas de limón.

Debió casarse con una monja del hospital llamada Filomena o algo así pero no se daba arte, su brusquedad no era conquistadora sino de